

# TECNOPOLÍTICA Y SU IMPOSIBILIDAD DE ACCIÓN

## Technopolitics and its Lack of Impact

Omar Nicolás Márquez Samaniego  
[omar.marquez@gmail.com](mailto:omar.marquez@gmail.com)

### RESUMEN

Este ensayo intenta analizar la influencia de la triple revolución en la configuración de un individualismo en red que transforma la vida social y política. Se analiza cómo estas tecnologías han posibilitado la emergencia de movimientos sociales y, al mismo tiempo, su cooptación por parte del capital corporativo y de gobiernos alineados con esos intereses. El concepto de tecnopolítica se contrasta con el de tecnocolonialismo, evidenciando la dependencia tecnológica del Sur Global frente al dominio de las bigtech. Asimismo, se identifican prácticas de control digital que restringen la acción política y moldean subjetividades. Se concluye que resulta urgente diseñar imaginarios sociotécnicos alternativos para contrarrestar la concentración de poder en las bigtech y recuperar el potencial emancipador de la tecnología.

**Palabras clave:** tecnopolítica, triple revolución, tecnocolonialismo, bigtech, dependencia tecnológica, imaginarios sociotécnicos

### ABSTRACT

This essay seeks to analyze the influence of the “triple revolution” (the internet, social media, and mobile devices) in shaping a form of “networked individualism” that is transforming social and political life. It examines how these technologies have enabled the rise of social movements while simultaneously being co-opted by corporate capital and governments. The concept of technopolitics is contrasted with that of technocolonialism, highlighting the Global South’s technological dependence under the dominance of big tech. The essay also identifies

digital control practices that restrict political action and shape subjectivities. It concludes by stressing the urgency of developing alternative sociotechnical imaginaries to counter big tech's concentration of power and to reclaim the emancipatory potential of technology.

**Keywords:** technopolitics, triple revolution, technocolonialism, Big Tech, technological dependence, sociotechnical imaginaries

## EL AMOR EN LOS TIEMPOS DE FACEBOOK

La irrupción de las tecnologías digitales, principalmente las de la comunicación y la información mediante dispositivos móviles, han significado lo que Rainie y Wellman (2012) denominan la “triple revolución” —el internet, las redes sociales y los dispositivos móviles— que en conjunto configuran un nuevo sistema operativo social que definen como “individualismo en red”. Las consecuencias de este sistema operativo social, entre otras, son evidentes a la luz de las dinámicas de relación, que cada vez requieren más la mediación de estas tecnologías para su ejecución: el acceso a los servicios públicos, la solicitud y realización de servicios particulares, incluso los esfuerzos por socializar sexoafectivamente con otros.

Al mismo tiempo, el conjunto de “individualidades en red” conforman las que también se han venido denominando como comunidades digitales, tribus digitales, comunidades virtuales, que surgen del internet para formar redes de relaciones personales (Chayko, 2014) Este elemento no es trivial, toda vez que la necesidad de pertenencia, de afiliación, es una necesidad humana básica: buscamos formar relaciones significativas y estables (Baumeister y Leary, 1995). A esto hay que adicionar el hecho de que, dentro del grupo social, el individuo tiene la posibilidad de operar en función de los intereses colectivos de forma anónima, lo que sin duda le otorga un grado de libertad que se corresponde con una mayor afinidad e influencia en la medida en que hay una homogeneidad en

los elementos de identidad del colectivo que aseguran la pertenencia al mismo (Postmes, et al, 2001).

De ahí que hasta la participación en (o rechazo hacia) los actos políticos ahora también estén atravesados por estas tecnologías. Las formas de gobierno y, principalmente, de gestión de la economía de un país, influye directamente en los modos y niveles de participación y compromiso social y político de sus habitantes. Así, en las denominadas democracias representativas o liberales se pueden apreciar niveles de participación que se operacionalizan de diversas formas, desde consultar las noticias referentes a ese tema, tomar una postura política, acudir a las urnas y hasta involucrarse activamente en campañas, e incluso, participar de forma directa en procesos electorales ya sea dentro de un partido político o mediante la postulación a una candidatura. Están también otras formas de participación política que no están atravesadas por las esferas institucionales, ya sea en organizaciones de la sociedad civil formales e informales. Todas como formas de compromiso cívico y político.

Los niveles de involucramiento y participación política de una sociedad son, entonces, multifactoriales, coyunturales, circunstanciales. Así, un individuo —desde esta noción de individualismo en red del que hablan Raimie y Wellman (2012)— asume diversos niveles de participación política, que en esta esfera individual inicia entonces desde el desinterés por el tema, hasta la participación activa. Estas formas también se extrapolan a la esfera colectiva, donde un determinado grupo social puede, en conjunto, asumir diversas posturas frente a actos y sucesos políticos.

Lo descrito anteriormente es parte de la propuesta tipológica de Ekman y Amnå (2012), que alude precisamente a la naturaleza dinámica frente a las actitudes que un individuo toma ante la política o los actos políticos. El planteamiento es interesante precisamente porque considera la actitud apolítica (una actitud más bien pasiva, que muestra desinterés o ignorancia deliberada ante el tema) y otra anti-política (una actitud más bien activa, que muestra desagrado frente al tema o mediante expresiones de rechazo en discusiones, incluso en manifestaciones públicas) que algunos

individuos asumen y que, sin embargo, puede virar a una actitud más participativa y eventualmente regresar a una más desinteresada.

Hasta este punto, se está concibiendo la interrelación entre individuos, organizaciones, su interacción mediada por la tecnología, sus niveles de involucramiento político, desde una concepción de actores y red, bajo la noción de Latour (2005) acerca de lo social. Esta propuesta será muy útil para intentar comprender el papel de la tecnología dentro del espectro de lo social, que ya no opera como un dispositivo más (Agamben, 2011), sino como pieza fundamental de ese engranaje de lo social, sin el cual se dificulta la posibilidad de acción de otros dispositivos, que ha permeado en la forma en cómo se entiende y se vive el mundo, cada vez más orillado a operar en función de esos mismos dispositivos.

Para Agamben (2011), la mirada positiva y productivista respecto a la tecnología y en particular sobre los dispositivos móviles, no es sino una expresión más del dispositivo (este mediático), que invita a verlos como herramienta de trabajo, que posibilita otras funciones, que te acerca a otras personas, que simplifica la vida, que ayuda a alcanzar objetivos, que invita al “buen uso”. Dispositivo mediático que, desde luego, no está diseñado para cuestionar el sinfín de elementos embebidos en los cacharros tecnológicos, que suceden con la intención deliberada de pasar desapercibidos para el usuario, que mientras transmiten la sensación de utilidad y beneficio, llevan detrás el rastreo y registro de datos que más adelante serán la prueba irrefutable de las formas en que intervienen en la subjetivación de la vida misma, tal cual ha sido diseñado para cumplir los propósitos de su gestor (en este caso, asegurar la ganancia).

## **LAS BENDITAS REDES SOCIALES**

A finales del siglo XX y durante la primera década del siglo XXI se gestaron alrededor del mundo diversos movimientos sociales, que tuvieron un gran impacto no únicamente entre la población y lugares donde se gestaron, o para las fuerzas políticas de dicho lugar, sino que incluso tuvieron una repercusión en otras y otros, en lugares distantes, que

vieron en ello desde una inspiración hasta ejemplos de organización y formas de articular discursos y grupos de trabajo para la obtención de objetivos políticos que, mediante los canales formales y tradicionales, se les habían negado.

En su obertura, Castells (2012) plantea las condiciones sociales coyunturales que antecedieron al inicio de esos levantamientos, que habrá que mencionar, no eran condiciones exclusivas del espacio geográfico donde se sucedieron y que tampoco eran condiciones extraordinarias que se hayan suscitado en ese momento histórico, más bien, se trata de problemas estructurales derivados del mismo sistema capitalista, que se han perpetuado y que en muchas ocasiones se han exacerbado: la pobreza, las recurrentes crisis económicas, el desempleo juvenil, el desvelo de los actos de corrupción por parte de la clase política y las élites económicas locales o regionales, la percepción de la farsa de la democracia, así como el cinismo y arrogancia de dichas élites. La precariedad como constante y signo distintivo de este sistema.

Túnez, Islandia, Egipto, España, Estados Unidos, son algunos de los ejemplos que Castells (2012) señala como el “preludio a la revolución”. Sin embargo, habrá que ir algunos años atrás para comprender cómo la tecnología incursionó en el escenario social y empezó a definirse como dispositivo útil para las figuras modernas de poder. El uso de internet para la organización de movimientos sociales tiene su origen en la segunda mitad del siglo XX (evidentemente con el surgimiento de dicha tecnología), principalmente mediante la diseminación de discursos a través de páginas web y el correo electrónico; el caso más paradigmático fue el del zapatismo (EZLN) en México, en 1994. Las estrategias y métodos que emplearon los zapatistas fueron retomados por los grupos de activismo y activísimo digital (que más adelante se vincularía con el término *hacktivismo*) contra la globalización que tuvieron su manifestación cúspide en 1999, durante la tercera conferencia ministerial de la Organización Mundial del Comercio en Seattle (Kurban, Peña-López y Haberer, 2017).

La organización de tales movimientos sociales mediados por tecnología ha ido a la par de la evolución en las capacidades de dichas tecnologías. En un principio, sólo se podía acceder al internet desde una computadora de escritorio y mediante la navegación por la world wide web (www), esa etapa también se identifica como Internet 1.0, basada en una comunicación unidireccional, páginas web planas y estáticas, donde domina el uso del texto y los hipertextos (vínculos que llevan a otras páginas), donde había pocos creadores de contenido y el volumen de consultantes era alto, la única forma eficiente de comunicación directa era el correo electrónico.

Posteriormente, a principios del siglo XXI se da lugar al Internet 2.0, que marca el inicio del internet como medio de comunicación masivo y también personal, en donde el internet ahora es interactivo, incentiva la participación, hay un auge de personas creando contenido y hay una dinámica de colaboración, de comunicación mediante mensajería y canales de chat. En otras palabras, internet adquiere la característica de dispositivo y que se engloba en la noción de lo social de Latour, lo que dio paso a esas funciones sociales mediante las denominadas redes sociales, mismas que también han tenido una evolución que se ve reflejada en la aparición, auge y desplazamiento, derivado de las dinámicas de competencia (alguna vez existieron redes llamadas *MySpace*, *Hi5* o *Fotolog*, por ejemplo).

Los dispositivos móviles también han tenido su proceso de evolución, en el que de igual forma diversas empresas de tecnología han visto su aparición, auge y declive. Esta evolución se ha caracterizado por el avance tecnológico y el desarrollo de capacidades de estos dispositivos y reflejado en las características de esta tecnología: velocidad de procesamiento, capacidad de la memoria y almacenamiento, el paso a las pantallas táctiles, el desempeño de la batería y la inclusión de otras funciones que terminaron por desplazar otros dispositivos (agendas, relojes, alarmas, cámaras, videojuegos, hasta dispositivos de monitoreo médico embebidos ahora dentro del celular mediante sensores, por ejemplo). No es trivial que a esta evolución también se le identifique del paso de un celular al smartphone.

Dicha evolución tecnológica fue aprovechada por diversos grupos sociales que la utilizaron en favor de su causa. El éxito de los primeros intentos de su uso y aprovechamiento, así como el descubrimiento de las posibilidades que ofrecía la tecnología para convocar personas, diseminar mensajes, comunicar problemas o incluso ganar simpatías, despertó el entusiasmo de la sociedad que encontró en estos dispositivos un aliado más a su causa. Principalmente dado en el surgimiento de las redes sociales, esta versión del internet que permite el intercambio dinámico de información y, muy importante, “en tiempo real”. Ya no se tiene única y exclusivamente la versión sobre los acontecimientos provenientes de los grandes medios de comunicación, ahora son las y los mismos ciudadanos quienes pueden compartir su versión, quienes “crean contenido”. Ya no hay que esperar a que las agencias de noticias publiquen la nota, alguien en las redes sociales ya hizo un video con una versión de lo sucedido, grabado desde el lugar de los hechos con la cámara del dispositivo y que se está “haciendo viral”.

También surgieron otras manifestaciones y prácticas que permitieron vislumbrar al internet, las redes sociales y a los dispositivos móviles como un elemento más en la construcción de movimientos sociales. A la par de su desarrollo y evolución, grupos de entusiastas de la tecnología producían y promovían el software libre, los datos abiertos (que posteriormente llevó a gestar gobiernos abiertos u *open government*), se “democratizó” la tecnología mediante la innovación y el desarrollo de aplicaciones de acceso gratuito para permitir o hacer más segura la comunicación, el intercambio de datos, el rastreo —geolocalización— de personas, diversos esfuerzos para la creación de aplicaciones fuera del *market place* de las grandes tecnológicas y que intentaban ser una alternativa segura, así como el *hacking* ético, donde personas con la pericia y conocimiento suficiente ofrecían desbloquear la seguridad de diversos sitios para acceder al contenido de pago, ya sean diarios, revistas o literatura académica (el caso más popular es el de *sci-hub*, el sitio que permite acceder a *papers* y libros digitales alojados en sitios de editoriales que requiere el pago de una suscripción).

Son esas posibilidades las que Castells identifica como las redes de esperanza (y de indignación). Sin embargo, esa evolución tecnológica y el eventual aprovechamiento por parte de la sociedad para provocar movimientos y muestras de organización espontánea, tampoco pasó desapercibida para el capital, quien al final de cuentas es quien está detrás de todo ese despliegue tecnológico y que rápidamente lo instrumentalizó en su favor. Y en el otro extremo, los gobiernos. Para las estructuras burocráticas y de gobierno de los países donde se originaron las primeras protestas y manifestaciones mediadas por la tecnología, tampoco pasó desapercibida la capacidad de la triple revolución como herramienta de trabajo y de organización civil, que permitía y facilitaba la articulación de movimientos sociales. Vieron entonces la tentación del control sobre todo ello.

## DE LA TECNOPOLÍTICA AL TECNOCOLONIALISMO

La noción de tecnopolítica se puede explorar desde dos diferentes enfoques, según el objetivo de su uso y de los agentes que lo promueven (Kurban, Peña-López y Haberer, 2017), es decir, la visión utilitarista de la tecnología y su uso para la administración de los recursos políticos, entendido como los sistemas tecnológicos para una mejor gestión gubernamental, por parte de la clase gobernante. Y la noción más cercana a los usos de la tecnología dentro de la concepción de un “la tecnología al servicio del pueblo”, concebida justo durante los movimientos sociales de principios de siglo y que aspira a un uso menos jerárquico, más horizontal, que implica mejores formas de hacer política, con prácticas de gobierno más transparentes y abiertas a la rendición de cuentas, donde la participación y la toma de decisiones sea un proceso menos burocrático y más democrático.

Conviene aludir al concepto de plataforma para continuar con el rastreo y consecuencias de la tecnología en el ámbito político. Para Srnicek (2017), su noción de plataforma incita a pensar la tecnología ya no como un dispositivo que opera en la individualidad, sino como un conjunto de artefactos que se configuran en su interrelación como un solo dispositivo,

con el mejor ejemplo de ello en Apple y su grupo de instrumentos tanto de hardware (*iphone, ipad, iwatch, visionOS*), software (*iOS, macOS, siri*), servicios como software o *software as a service* (*app store, apple music, apple TV, etc.*). Estos desarrollos tecnológicos y el modelo de operación basado en la idea de una plataforma, que en el mejor de los casos se puede comprender como un entorno, un ambiente, donde conviven instrumentos compatibles entre sí, es una nueva forma de operación del capitalismo y que ha sido reproducido por otros competidores que operan sus propias plataformas: *Google, Facebook, Amazon, Tiktok* y últimamente las plataformas basados en inteligencia artificial.

El capitalismo de plataforma ha mostrado otro rostro de las prácticas neocolonialistas y de explotación que ahora se suceden de forma discreta y a las que la población que las utiliza se somete, muchas de las veces de forma voluntaria, otras veces porque la relación se ha vuelto de trabajo. Para Jasanoff (2015), los imaginarios sociotécnicos están configurados de forma colectiva (en sociedad), por los distintos agentes que la componen: estado-nación, gobierno, instituciones científicas, culturales, sociales y el sector privado, que definen en conjunto las formas de vida y el orden social imaginado y puesto en marcha mediante los proyectos científicos y tecnológicos que desarrollan, para constituir los futuros deseables (o los que no se desean) a partir de la creación y desarrollo de dispositivos derivados de esos proyectos.

Es en este punto donde la posibilidad de usar la tecnología, las plataformas tecnológicas y los productos derivados como aliado y elemento propio de los movimientos sociales empieza a complicarse. Imbong (2023) hace un planteamiento que además de interesante, resulta necesario:

...estas redes se componen de dos elementos: por un lado, están los sistemas técnicos (ST) o el conjunto de prácticas tecnológicas y técnicas que abarcan la sociedad y, por otro, la legitimación epistémica (LE) o los procesos de generación y legitimación de conocimiento requeridos en la innovación, desarrollo y organización de los sistemas técnicos (Imbong, 2023, p. 285, traducción propia).

El desarrollo y la generación de avances científicos y tecnológicos suceden en condiciones de desigualdad entre países y sociedades. La producción de plataformas tecnológicas requiere del despliegue de recursos que no están al alcance de cualquier estado o institución académica, como entusiastas por subirse a la marea de la innovación. Requiere, además de capital, un ecosistema compuesto por la academia y su personal calificado y formado en las áreas científicas y tecnológicas (o al menos en las áreas de interés para el estado-nación), una clase empresarial dispuesta a invertir y arriesgar su capital en este tipo de proyectos, una sociedad civil organizada que proteja los intereses de la comunidad (medio ambiente, desarrollo sostenible, atención a grupos vulnerables, etc.), ciudadanas y ciudadanos entusiastas, que puedan articular ideas y participar de estos proyectos, y por último, entidades gubernamentales capaces de articular estos proyectos y organizar a los demás actores, bajo la propuesta del modelo de la pentahélice (Carayannis, Barth y Campbell, 2012).

El desarrollo tecnológico de un estado-nación que configure los imaginarios sociotécnicos, requiere que ese mismo estado-nación tenga la capacidad de producir sus propios derroteros epistémicos, que tenga habilitadas redes tecno-epistémicas compuestas de comunidades inter y transdisciplinarias de científicos y tecnólogos que permitan imaginar los futuros deseables, o cuando menos, impedir los futuros indeseables mediante el uso y aprovechamiento de la tecnología y sus dispositivos. Sin embargo, los países del Sur Global estamos sometidos a una relación asimétrica, donde los productos científicos y tecnológicos que se consumen provienen en su gran mayoría desde la visión del Norte Global y sus comunidades tecnocientíficas, de sus grandes empresas tecnológicas y sus cosmovisiones, donde se nos concibe únicamente como usuarios y, en la lógica de explotación, al mismo tiempo se nos reduce a un producto derivado de la explotación de nuestros datos. Estamos condenados a una creciente dependencia tecnológica, estamos sometidos a un tecnocolonialismo.

## PARA DOCUMENTAR NUESTRO PESIMISMO

La neutralidad no existe. Y las plataformas tecnológicas, las *bigtech*, las empresas dedicadas a la explotación de los datos y la información, y de desarrollo tecnocientífico, no son neutrales, tienen detrás el interés del capital que se manifiesta por el frente a través de los rostros de figuras como Zuckerberg (*Meta*), Musk (*Tesla*, *SpaceX*, *Neuralink*, *X*), Jobs o Cook (*Apple*), Altman (*OpenAI*), Page o Brin (*Alphabet*, *Google*), Gates (*Microsoft*), Bezos (*Amazon*), Ellison (*Oracle*), Thiel (*Palantir*) o Huang (*NVIDIA*), cuestión aparte, que nunca será un cliché y que merece su propio análisis, la ausencia de mujeres entre este conjunto de tecnocolonialistas blancos y cisgéneros (Twine, 2018).

Actualmente, la capacidad de accionar políticamente en nuestras sociedades, sean del Sur o del Norte Global, mediante el uso de la tecnología (tecnopolítica) se vislumbra difícil. El control que estas empresas tecnológicas ejercen sobre la actividad de sus usuarios no solo limita la libertad de acción, además configuran y manipulan la forma en que se emplean y con ello las subjetividades que se producen con su uso. El abanico de malas prácticas que llevan a cabo para, en algunos casos diluir y en otras exacerbar, las protestas sociales son variadas y se activan o desactivan según lo demande el mercado (el capital en alianza o en franca oposición a los gobiernos de los estados-nación donde operan, según la “demanda del servicio”).

Comencemos con la “moderación del contenido”, una práctica recurrente en las plataformas digitales que en teoría busca eliminar la publicación de material que resulte ofensivo, que denigre la integridad de otras personas por cuestiones discriminativas, que inciten al odio, que muestren actos de violencia explícita o que contribuyan a la desinformación (*fake news*). Quizá uno de los casos más emblemáticos de este tipo de prácticas se derivó a raíz de la elección presidencial del 2016 en Estados Unidos. Lo que en ese momento se consideraron ataques de desinformación promovidos por el gobierno ruso (encabezado por Vladímir Putin), también identificado como *Russiagate*, en contra de la

candidata del partido demócrata (Hillary Clinton) y que, según eso, contribuyó en la victoria de Trump (Anguiano, 2022), fue el motivo para promover el cierre de canales de videos en *YouTube*, de páginas en *Facebook* o el bloqueo de cuentas de la red social *Twitter*. Aún y cuando no hubiera suficiente evidencia de haber participado de campañas de desinformación o propaganda.

La intención de moderar el contenido con fines que garanticen la seguridad dentro de lo que se ha configurado como espacio público en las plataformas, es un asunto atendible. El problema está cuando se trata de definir quién determina lo que se puede o no publicar, qué discursos se deben silenciar o erradicar de ese espacio público, cómo se responde a todo ello (Elliott, 2024, Human Rights Watch, 2025). Sin embargo, hay otro aspecto crucial en la moderación de contenido que, hasta ahora empieza a relucir, sobre todo por el significativo avance tecnológico en el campo de la inteligencia artificial. Los actuales modelos de moderación están basados en esa tecnología, lo que de algún modo dificulta identificar la agenda de estos actores y esas prácticas se ocultan bajo el paraguas del algoritmo (Gorwa, Binns y Katzenbach, 2020).

Otra práctica recurrente y que limita la actividad política dadas las consecuencias que puede tener para quien utiliza su acceso a las plataformas tecnológicas con el fin de comunicarse con otros, es el fenómeno de la hipervigilancia. Se parte del hecho de que el usuario ofrece de forma voluntaria (pero la mayoría de las veces encubierta) sus datos personales: nombre, teléfono, email, etc.; y también los datos sobre el comportamiento del usuario, en este rubro se identifican dos tipos: el contenido generado por el usuario: publicaciones, fotos, videos, etc., y el comportamiento generado por el usuario: datos inferidos de acciones como *clicks*, tiempo que se pasa en una pantalla, hasta datos sobre compras, hábitos de navegación, ubicación GPS, etc. Todos estos datos posteriormente se analizan por algoritmos predictivos de inteligencia artificial. En teoría, las *bigtech* afirman que estos datos sirven para personalizar los servicios que brindan, hacer recomendaciones personalizadas y mejorar la experiencia de usuario (Padilla, Piccolo y Vasconcelos, 2022).

Sin embargo, hay información respecto a la hipervigilancia a usuarios derivada de este constante monitoreo de los datos sobre los hábitos de uso de las plataformas. El nivel de detalle de la información que se recolecta permite (entre otras cosas) segmentar a los usuarios, crear perfiles con un alto nivel de detalle y personalizar el contenido político que se consume. A esto se le denomina *microtargeting* y para las *bigtech* significa un modelo de negocios que, combinados los algoritmos y la figura del *bot*, (una porción de software que opera de forma automatizada, que ejecuta tareas repetitivas imitando en cierta medida el comportamiento humano y que opera sin una necesaria supervisión constante) permite vender perfiles y campañas muy específicas para actores políticos, prácticas que pueden tener una gran influencia en la toma de decisiones electorales y erosionar la confianza en los procesos democráticos, cosa que ya ha sido documentada en repetidas ocasiones, un ejemplo muy sonado fue el caso de la empresa Cambridge Analytica (Heawood, 2018).

La forma en que se diseñan los elementos visuales (interfaces) y operativos de las plataformas también están cargadas de dispositivos que explotan sesgos cognitivos para inducir a compartir más información de la necesaria o dificultar la gestión de la privacidad, perpetuando la llamada “paradoja de la privacidad” y dificultando la toma de decisiones informada (Haugh, Stemler y Perry, 2020). Hay elementos de manipulación deliberada configurados mediante “*dark patterns*”, diseñados y puestos dentro de una plataforma en sitios estratégicos (la especialidad encargada de ello es el área de *user experience* o *UX*), que buscan tres objetivos claros: obtener beneficios directos mediante compras en la plataforma, obtener beneficios indirectos, obligando al usuario a ver publicidad de terceros; e incrementar el interés en la plataforma mediante estrategias que dificultan dejar de usarla (Edidin, Kochetkova y Sarankina, 2024).

Las prácticas de *dark patterns* son otra forma de manipulación a los usuarios por parte de las plataformas. Este aspecto limita la autonomía y están diseñados para influir en el comportamiento en contra de sus propios intereses, reduciendo su control sobre la información que consumen y las decisiones políticas que se toman. Elementos como el *scroll* sin fin, como

signo distintivo de aplicaciones para videos cortos (*TikTok* o *Instagram*), pretende que los usuarios permanezcan más tiempo consumiendo contenido, al mismo tiempo el algoritmo identifica qué tipo de contenido se consume con mayor frecuencia, a cuál se reacciona (mediante el *like*, compartiendo o comentando) y dinámicamente mediante el *microtargeting* se manipula al usuario, mostrando de forma deliberada contenido que refuerce de forma positiva sus creencias políticas (recibiendo reacciones a una publicación, aun cuando provengan de cuentas falsas o bots) o bien de forma negativa (obligando a aceptar las *cookies* para permitir el consumo de algún contenido) si ese es el objetivo de la campaña publicitaria que se pagó a la plataforma, ya sea para incentivar el tráfico a esas cuentas o para promover la conversación (Waldman, 2020).

La última mala práctica que describo aquí es la censura algorítmica, una forma de censura discreta o no evidente para el usuario, que se identifica como *shadow banning*. Lo que se pretende es que el usuario sea bloqueado o silenciado de la plataforma, pero de una forma velada y que impida que se dé cuenta de ello. Generalmente, esta práctica se aplica de forma recurrente a creadores de contenido político, y se percatan de tal situación cuando notan que sus publicaciones o videos han perdido alcance, baja el número de reacciones, cada vez menos personas pueden interactuar con ellos mediante la plataforma y, en consecuencia, se limitan sus posibilidades de monetizar su trabajo. Esto funciona como una suerte de moderación discreta, donde el algoritmo determina qué creadores deben tener mayor exposición, basado en criterios que no son del todo transparentes, pero que obligan a pensar que hay intereses detrás de dichas decisiones (Savolainen, 2022).

## INTENTO DE CONCLUSIÓN

A manera de cierre, es importante comprender que desde la sociedad y desde algunos flancos políticos se ha intentado legislar respecto a las prácticas y la operación de las plataformas tecnológicas. Los enfoques han sido variados, mientras que en la Unión Europea se aboga por una mayor transparencia, leyes anti-monopolio y en delimitar las responsa-

bilidades en que incurren las *bigtech* derivadas de sus prácticas (Schlag, 2023) en Estados Unidos el debate legislativo no está terminado, pero la discusión gira en torno a una mayor competencia centrado en leyes anti-monopolio, pero cuidando de no perjudicar los intereses de dichas empresas, sobre todo en lo concerniente a su responsabilidad frente a estas prácticas (Pfaffenroth y Tabas, 2022).

Países como China y Rusia han optado por medidas más drásticas. En China se ha prohibido o limitado el acceso a varias *bigtech* con sede en occidente, de hecho, el país ha apostado a la creación de empresas tecnológicas nacionales que emulen la operatividad de las empresas tecnológicas de Estados Unidos. Al mismo tiempo, la información que circula por las plataformas digitales se supervisa constantemente, lo que promueve prácticas de moderación de contenido y censura (Jin, 2022). Rusia está intentando seguir esta dinámica, pero en tanto no tenga desarrollos tecnológicos nacionales, apuesta por regular la competencia, transparencia y la protección de datos (Edidin, Kochetkova y Sarankina, 2024).

En el Sur Global la discusión apenas está comenzando, como ya se ha refrendado, la tecnocolonización a la que estos países están expuestos, es una franca barrera para poner en marcha legislaciones que intenten limitar no solo la operatividad de las *bigtech*, sino también su influencia económica, política y social. Las plataformas se configuran como instrumento del poder, a la orden del capital y sus aliados políticos. De forma evidente, las redes sociales han desplazado a los medios de comunicación tradicionales como principales canales de debate y movilización política. Esto ha facilitado la promoción de figuras que se pretenden como *outsiders* (Sputnik Mundo, 2022), la difusión de noticias falsas (Hackbarth, 2024), la manipulación de la opinión pública mediante la exposición constante de discursos de odio o que favorecen las narrativas oficiales, principalmente de países con gobiernos notablemente alineados a los intereses de los Estados Unidos (Lupu, Ramírez y Zechmeister, 2020).

Este último aspecto es importante no perderlo de vista para los países de Latinoamérica, ya que, se insiste, en la no neutralidad de las plataformas tecnológicas, de las redes sociales, de las *bigtech*, y de cómo se pueden instrumentalizar a favor de los gobiernos que tengan el visto bueno de Washington, ya sea reduciendo la exposición de noticias y contenido con posturas políticas opositoras; o bien, para los gobiernos con posturas confrontadas a los intereses de Estados Unidos se usa el garrote, incentivando la promoción de contenido proveniente de figuras, partidos políticos o *influencers* opositores a dichos gobiernos, a un punto donde palabras como autoritarismo, autocracia, censura, libertad de expresión, comunismo, socialismo o marxismo, se exageran para incitar a tomar postura en contra dichos gobiernos y generar narrativas que confunden y manipulan a los usuarios. Un instrumento más de dominación, vigilancia y control social instaurado mediante el *soft power* vía dichas plataformas tecnológicas (Ricaurte, Gómez-Cruz y Siles, 2024).

Este panorama obliga a ver el papel que juegan las plataformas tecnológicas, la triple revolución y las *bigtech*, dentro de la noción de lo social de Latour, como un elemento que puede ser determinante de la vida política. Para accionar y utilizar la tecnología como un dispositivo de tecnopolítica, será necesario observar la actuación de estos agentes desde un enfoque de geopolítica. No es fortuito que los distintos gobiernos de Estados Unidos (sean estos demócratas o republicanos) impongan barreras a las *bigtech* chinas, y que en respuesta reciban el mismo trato. Tampoco lo es la carrera por el avance tecnológico alrededor de la inteligencia artificial, que de facto ya está teniendo consecuencias comerciales y militares entre las potencias que dirigen su desarrollo.

La precariedad como signo distintivo de las últimas décadas, no hace sino exagerar las dificultades y el descontento social, sobre todo en las juventudes, que ante la pérdida de expectativas y el sinsentido del mito de la meritocracia, dibujan un panorama futuro con muchas más dudas que las que experimentaron generaciones anteriores. No es de extrañar que sean esos problemas los que movilizan hoy en día principalmente a las juventudes, identificadas como la Generación Z y los símbolos que

le son familiares (*One Piece*), que se auxilian de las redes sociales como herramienta de eco, mientras el espectáculo *instagrameable* sirva para generar tráfico y beneficios económicos a las *bigtech*, como lo sucedido recientemente en Indonesia, Nepal, Madagascar o Marruecos (Sombatpoonsiri, 2025).

Mientras la discusión política dentro de nuestros países gire en torno a confrontaciones estériles entre izquierda y derecha, conservadores y liberales, capitalistas y comunistas, tradicionales y progresistas o *woke*, las *bigtech* tendrán audiencia y mercado asegurado. Será urgente que los estados-nación y sus sociedades trabajen en contrarrestar la dependencia tecnológica, en encontrar nuevos imaginarios sociotécnicos, en combatir el tecnocolonialismo y evitar que la agenda sea dictada por los intereses del capital y los gobiernos imperialistas. Hacia allá deberá enfocarse buena parte de la lucha política de la sociedad. De lo contrario, los problemas estructurales que mueven las “redes de indignación y esperanza” no serán más que un mero instrumento para dirigir, controlar y manipular la opinión pública, y que sirva para llevar a alguien al poder o bien para tirarlo, a contentillo de intereses más grandes, escondidos detrás del código y el algoritmo.

## REFERENCIAS

- Agamben, G. (2011). ¿Qué es el dispositivo? *Sociológica*, 26(73), 249–264. [http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0187-01732011000200010](http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0187-01732011000200010)
- Anguiano, E. (2022). La desinformación como instrumento de guerra en la era de la posverdad. *Reflexiones Marginales*, 69. <https://reflexionesmarginales.com/blog/2022/05/25/la-desinformacion-como-instrumento-de-guerra-en-la-era-de-la-posverdad/>
- Baumeister, R. F., y Leary, M. R. (1995). The need to belong: Desire for interpersonal attachments as a fundamental human motivation. *Psychological Bulletin*, 117(3), 497–529. <https://doi.org/10.1037/0033-2909.117.3.497>
- Carayannis, E. G., Barth, T. D., y Campbell, D. F. J. (2012). The quintuple helix innovation model: Global warming as a challenge and driver for innovation. *Journal of Innovation and Entrepreneurship*, 1(2), 1–12. <https://doi.org/10.1186/2192-5372-1-2>

- Castells, M. (2012). *Redes de indignación y esperanza*. Alianza Editorial.
- Chayko, M. (2014). Techno-social life: The Internet, digital technology, and social connectedness. *Sociology Compass*, 8(7), 976–991. <https://doi.org/10.1111/soc4.12190>
- Eddin, B., Kochetkova, K., y Sarankina, N. (2024). Digital abuse: How dark patterns manipulate our lives. *Legal Issues in the Digital Age*, 5(4), 4–27. <https://doi.org/10.17323/2713-2749.2024.4.4.27>
- Ekman, J., y Amnå, E. (2012). Political participation and civic engagement: Towards a new typology. *Human Affairs*, 22(3), 283–300. <https://doi.org/10.2478/s13374-012-0024-1>
- Elliott, V. (2024, septiembre 24). Russia-backed media outlets are under fire in the US—but still trusted worldwide. *WIRED*. <https://www.wired.com/story/russia-backed-media-outlets-are-under-fire-in-the-us-but-still-trusted-worldwide>
- Gorwa, R., Binns, R., y Katzenbach, C. (2020). Algorithmic content moderation: Technical and political challenges in the automation of platform governance. *Big Data & Society*, 7(1), 1–15. <https://doi.org/10.1177/2053951719897945>
- Hackbarth, K. (2024, 4 abril). *La campaña para tachar de narco a AMLO*. Jacobin Lat. <https://jacobinlat.com/2024/04/la-campana-para-tachar-de-narco-a-amlo>
- Haugh, T., Stemler, A., y Perry, J. (2020). The code of the platform. *Georgia Law Review*, 54(2), 605–663. <https://digitalcommons.law.uga.edu/glr/vol54/iss2/5>
- Heawood, J. (2018). Pseudo-public political speech: Democratic implications of the Cambridge Analytica scandal. *Information Polity*, 23(4), 429–434. <https://doi.org/10.3233/IP-180009>
- Human Rights Watch. (2025, julio 30). *Russia: Internet blocking, disruptions and increasing isolation*. <https://www.hrw.org/news/2025/07/30/russia-internet-blocking-disruptions-and-increasing-isolation>
- Imbong, R. A. (2023). Neocolonialism and the technopolitics of specialization: Toward a reimagination of the sociotechnical imaginaries approach. *Bandung: Journal of the Global South*, 10(2), 283–301. <https://doi.org/10.1163/21983534-10020008>
- Jasanoff, S. (2015). Future imperfect: Science, technology, and the imaginations of modernity. En S. Jasanoff y S.-H. Kim (Eds.), *Dreamscapes of modernity: Sociotechnical imaginaries and the fabrication of power* (pp. 1–33). University of Chicago Press.
- Jin, S. (2022). Anti-monopoly regulation of digital platforms. *Social Sciences in China*, 43(1), 70–87. <https://doi.org/10.1080/02529203.2022.2051357>
- Kidd, D., y McIntosh, K. (2016). Social media and social movements. *Sociology Compass*, 10\*(9), 785–794. <https://doi.org/10.1111/soc4.12399>

- Kurban, C., Peña-López, I., y Haberer, M. (2017). What is technopolitics? A conceptual schema for understanding politics in the digital age. *IDP. Revista de Internet, Derecho y Política*, (24), 3-20. <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=78850913002>
- Langman, L. (2005). From virtual public spheres to global justice: A critical theory of internetworked social movements. *Sociological Theory*, 23(1), 42–74. <https://doi.org/10.1111/j.0735-2751.2005.00242.x>
- Latour, B. (2005). *Reensamblar lo social: Una introducción a la teoría del actor-red*. Manantial.
- Lupu, N., Ramírez, M., y Zechmeister, E. (2020). Social media disruption: Messaging mistrust in Latin America. *Journal of Democracy*, 31(3), 160–171. <https://doi.org/10.1353/jod.2020.0038>
- Padilla, J., Piccolo, S., y Vasconcelos, H. (2022). Business models, consumer data and privacy in platform markets. *Journal of Industrial and Business Economics*, 49, 599–634. <https://doi.org/10.1007/s40812-022-00218-0>
- Pfaffenroth, S., y Tabas, M. (2022). Impact of digital market regulation to be felt on both sides of the Atlantic. *Competition Law & Policy Debate*, 7(3), 137–142. <https://doi.org/10.4337/clpd.2022.03.05>
- Postmes, T., Russell, A., Sakhel, K., & de Groot, D. (2001). Social influence in computer-mediated communication: The effects of anonymity on group behavior. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 27(10), 1243–1254. <https://doi.org/10.1177/01461672012710001>
- Rainie, L., y Wellman, B. (2012). *Networked: The new operating system*. MIT Press.
- Ricaurte, P., Gómez-Cruz, E., y Siles, I. (2024). Algorithmic governmentality in Latin America: Sociotechnical imaginaries, neocolonial soft power, and authoritarianism. *Big Data & Society*, 11(1). <https://doi.org/10.1177/20539517241229697>
- Savolainen, L. (2022). The shadow banning controversy: Perceived governance and algorithmic folklore. *Media, Culture & Society*, 44(6), 1091–1109. <https://doi.org/10.1177/01634437221077174>
- Schlag, G. (2023). European Union's regulating of social media: A discourse analysis of the Digital Services Act. *Politics and Governance*, 11(3), 168–177. <https://doi.org/10.17645/pag.v11i3.6735>
- Srnicek, N. (2017). *Platform capitalism*. Polity Press.
- Sombatpoonsiri, J. (2025, 30 septiembre). *The promises and pitfalls of the social media-fueled Gen-Z protests across Asia*. Carnegie Endowment for International Peace. <https://carnegieendowment.org/emissary/2025/09/social-media-gen-z-protests-nepal-indonesia-promises-pitfalls>

- Sputnik Mundo. (2022, 21 octubre). *Quiénes son los 'outsiders' que buscan su lugar en la política latinoamericana*. NoticiasLatam. <https://noticiaslatam.lat/20221021/quienes-son-los-outsiders-que-buscan-su-lugar-en-la-politica-latinoamericana-1131706021.html>
- Twine, F. W. (2018). Technology's invisible women: Black geek girls in Silicon Valley and the failure of diversity initiatives. *International Journal of Critical Diversity Studies*, 1(1), 58–79. <https://doi.org/10.13169/intecritdivestud.1.1.0058>
- Waldman, A. E. (2020). Cognitive biases, dark patterns, and the “privacy paradox”. *Current Opinion in Psychology*, 31, 105–109. <https://doi.org/10.1016/j.copsyc.2019.08.025>